
ED MCDONALD
BLACKWING
«Ed McDonald está a la altura de
Joe Abercrombie y Brandon Sanderson.
Deja lo que sea que estés leyendo
y empieza *Blackwing*.»
Booknest
minotauro

ED McDONALD

BLACKWING

minotauro

Título original: *Blackwing*

Primera edición: abril 2018

© Ed McDonald, 2017
© por la traducción, María José Díez Pérez, 2017

© Ediciones Minotauro, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0495-1
Depósito legal: B. 5.477-2018
Fotocomposición: Medium
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma
o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia,
por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Alguien los avisó de que llegábamos. Los simpatizantes no dejaron atrás nada salvo una casa vacía y unos volúmenes de poesía ilegal. Una comida sin terminar, cajones revueltos... Cogieron deprisa y corriendo lo poco que podían llevar consigo y huyeron hacia el este, a La Miseria. En los tiempos en que llevaba uniforme, el mariscal me dijo que sólo tres clases de personas entran por propia voluntad en La Miseria: las desesperadas, las estúpidas y las codiciosas. Los simpatizantes se hallaban bastante desesperados. Reuní a una docena de hombres estúpidos y codiciosos y salimos en su busca para matarlos.

Salimos de Valengrado una tarde que apestaba a albañal, a tristeza y al final de otro verano malo. El dinero no justificaba el riesgo que iba a correr, pero mi trabajo era cazar hombres, y no tenía intención de permitir que nuestra presa llegara muy lejos. La mitad de la chusma que había reclutado no había pisado nunca La Miseria, y prácticamente se estaba cagando de miedo cuando salimos por la estrecha puerta de la ciudad. Cuando llevábamos una milla ya estaban preguntando si habría gillings y dulchers. A las dos millas, uno de ellos se echó a llorar. Mis veteranos se rieron, le recordaron que estaríamos de vuelta antes de que anocheciera.

Tres días después, incomprensiblemente, los capullos nos seguían llevando ventaja. Ya no se reía nadie.

—Han ido al Barranco del Polvo —vaticinó Tnota. Enredaba con los círculos de su astrolabio, lo sostenía en alto para observar la distancia que había entre las lunas—. Os dije que irían allí. ¿Acaso no os lo dije, capitán?

—Y un carajo.

Sí que lo había dicho. Las huellas en la arenilla demostraban que tenía razón.

—Estoy seguro de que os lo dije. —Tnota me sonrió, los dientes amarillo mostaza destacando en su rostro, oscuro como la melaza—. Lo recuerdo. Vinisteis al bar con los papeles y dije: «Apuesto a que irán al Barranco». Yo diría que me he ganado un extra.

—Aunque este trabajo diese para extras, no te tocaría. Y no da —repuse.

—Eso no es culpa mía. Yo no elijo los trabajos —adujo Tnota.

—Es la primera vez que tienes razón hoy. Y ahora cierra el pico y trázanos un rumbo.

Tnota enfocó a través de la lente de cristal un cielo del color de un moretón de una semana: amarillos sucios, toques de verde, púrpuras desgarrados y feos marrones sanguinolentos, una paleta de fluidos rotos y capilares abiertos. Luego se puso a contar con los dedos y trazó una línea invisible desde una luna a la siguiente. Las grietas del cielo guardaban silencio, apenas un susurro escapaba entre los bancos de nubes inquietas.

Todo en La Miseria está asolado. Todo está mal. Cuando antes matáramos a esos desgraciados y volviéramos al oeste, tanto más contento estaría yo.

Cabalgamos por montículos de grava y arena, la piedra negra y roja y más seca que la sal. La Miseria desprende algo. Un algo que uno siente todo el tiempo, como el aire, pero que es tu enemigo más que tu amigo. Se te mete dentro, penetra en las encías hasta que notas el veneno. Sólo confiaba en que aquello acabase pronto.

Cuando ya llevábamos tres días en La Miseria, yendo hacia el sur y hacia el este por arenas negras, encontramos los restos del caballo que habían robado. Lo que quiera que fuese le había

arrancado las patas. Los simpatizantes a los que queríamos dar caza habían hecho lo que tenían que hacer: abandonar el caballo a su suerte y huir. Un respiro temporal, puesto que ahora ya no podían ser más rápidos que nosotros. Por su forma de acomodarse en la silla, supe que los hombres se sentían aliviados. Antes de que cayera la tarde tendríamos un par de cabezas en los sacos y emprenderíamos la vuelta hacia lo que pasaba por civilización siguiendo la frontera.

Saqué la petaca del gabán y la agité. No era la primera vez que lo hacía. Seguía estando tan vacía como las otras tres veces que hice lo mismo. Puesto que me había quedado sin brandi, sólo disponíamos de cerveza floja para beber, y tampoco es que nos sobrara. La Miseria es un lugar peligroso para grupos de soldados armados hasta los dientes. Que un par de civiles sin formación, sin preparación y sin armas hubieran logrado seguir con vida y sacarnos tres días de ventaja bastaba para sacarme de quicio. Otro motivo para acabar con aquello lo antes posible.

En la arena se distinguía con claridad una senda. Ante nosotros se hallaba el Barranco del Polvo, una angosta hendidura en la tierra. El tajo atravesaba el paisaje de dunas móviles, arena cáustica y piedras quebradizas. El relampagueante pasillo reflejaba una de las rasgaduras del cielo, la abertura en la tierra era la imagen del daño causado en el firmamento. Una de las grietas del cielo prorrumpió en un llanto agudo, sonoro, haciendo que mi compañía de hombres, no de soldados, echara mano de piedras de espíritus y amuletos. Los mercenarios tenían valor, sí, pero también más supersticiones que un cura en una festividad. Querían salir de La Miseria tanto como yo. Aquello los estaba poniendo nerviosos, y unos soldados nerviosos pueden fastidiar incluso un trabajo sencillo. Un hombre benévolo podría llamar soldados a mi compañía de asesinos. Por lo general, los hombres benévolos suelen ser idiotas.

—Nenn, ven aquí —ordené cuando nos acercábamos a una pendiente que se precipitaba en la oscuridad. Mascaba savia negra, las mandíbulas en movimiento, los dientes oscuros como la

brea. No hay un sonido más irritante a este lado de los infiernos—. ¿Es necesario que masques esa mierda?

—Todas las damas la mastican —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Que una duquesa tenga la boca llena de dientes podridos no significa que tengas que imitar a sus serviles amigas.

—No tengo la culpa de lo que está en boga, capitán. Hay que mantener las apariencias.

Que Nenn pensara que alguien le miraría los dientes cuando no tenía nariz era una cuestión tan desconcertante como esa moda. Tanto mascar y mascar. Sabía por experiencia que decirle que no lo hiciese sería tan absurdo como pedirle a Tnota que mantuviese la bragueta cerrada.

De todas formas, le dirigí una mirada asesina.

—¿Tenéis algo para mí, capitán? —quiso saber Nenn. E hizo una pausa y escupió media bola de savia negra a la arena.

—Vamos a bajar. Sólo tú y yo.

—¿Los dos solos? —La nariz de madera que llevaba afianzada al rostro con una correa no se arrugó, pero sí el ceño.

—Sólo son dos, y ni siquiera van armados. ¿No crees que podamos manejar la situación?

—No es a ellos a quienes temo —afirmó Nenn, y escupió la savia que le quedaba hacia el otro lado—. Ahí podría haber cualquier cosa. Podría haber skweams. Dulchers.

—También podría haber un gran caldero lleno de oro. De todas formas, estamos demasiado al sur para que haya dulchers.

—¿Y skweams?

—Tú ve por tus cosas. Vamos a bajar. Necesitamos que las dos cabezas estén intactas si queremos que nos paguen, y ya sabes cómo se pueden poner los muchachos. No me fío de que no se dejen llevar, y las cortes no pagan si pueden evitarlo de alguna manera. ¿Te acuerdas de lo que pasó en Snosk?

Ahora fue Nenn la que puso mala cara.

—Me acuerdo, sí. —Snosk era un mal recuerdo para todos. No cobrar un trabajo por un tecnicismo no le sienta bien a na-

die. Y hoy sigo diciendo que se podía distinguir una cara si se disponían debidamente las partes.

—Bien. Pues espabila y ve a prepararte.

Desmonté. Tenía las piernas doloridas de la silla, los riñones dándome una guerra que no me habrían dado diez años antes. Ya no pasaba tanto tiempo subido a la silla. Me estaba ablandando. Ablandándome, no haciéndome viejo, eso es lo que me decía a mí mismo. Tnota descabalgó para ayudarme a prepararme. Era mayor incluso que yo, y aunque podía confiar en que no le atravesaría la cara a nadie con una espada, ello se debía únicamente a que era tan útil en la lucha como un yelmo de cera. Lo más probable era que se hiriese él mismo, y ahí abajo lo que necesitaba era la mala leche de Nenn. Tnota comprobó las correas de mi media armadura y me cebó el arcabuz mientras yo seleccionaba armas del arsenal que llevaba en la silla y me las afianzaba al cinto. Me ceñí un alfanje de hoja corta y una daga de hoja larga. En el Barranco no había sitio para hacer girar nada más largo que un brazo. Ya había bajado antes, hacía unos años, y no era muy ancho. Más calle que valle.

Como era de esperar, Nenn tenía un aspecto feroz vestida de acero ennegrecido. Tnota hizo aparecer una llama y de nuestras mechas empezó a salir humo, las armas de fuego cargadas y listas para escupir plomo. No tenía pensado utilizarlas. Una bala de arcabuz podía causar un buen destrozo en lo que fuera. Sin embargo, como decía Nenn, podía haber skweams. Ahí abajo, en las oscuras entrañas de la agriada tierra, podía haber cualquier cosa.

Cuanto antes les cortáramos la cabeza a los simpatizantes y emprendiéramos la vuelta a la ciudad, mejor.

—Sólo hay tres sitios por los que se puede salir del Barranco —recapitulé—. ¿Recuerdas dónde están los otros?

Tnota asintió. Me señaló los otros dos: uno a alrededor de una milla; el otro, a media milla al este del primero.

—Bien. Si los hacemos salir de su escondrijo, dadles alcance y esperadnos.

—Será un trabajo fácil.

—Tnota está al mando —anuncié a mis muchachos, y casi dio la sensación de que me estaban escuchando. No era capaz de recordar cómo me las había arreglado para hacerme con semejante pandilla de ratas de alcantarilla inútiles. Sin brandi, habiéndonos adentrado veinte millas en La Miseria y seguido por una compañía de indeseables. En algún punto de mi vida las cosas se habían torcido mucho, pero que mucho.

A la hendidura se llegaba por una pendiente de piedras sueltas y vetustas raíces de árbol fosilizadas. Algo nada fácil de salvar cuando uno lleva un arma y la distancia entre las paredes es de tan sólo siete pies. No había mucha luz, que se dijera, tan sólo la suficiente para distinguir algunos puntos donde era mejor no pisar. Costaba no desencadenar una lluvia de arenilla, pero procurábamos hacer el menor ruido posible. El Barranco del Polvo era profundo. Probablemente ése fuera uno de los motivos por los que al enemigo le gustaba utilizarlo de punto de encuentro de sus espías y simpatizantes. Nuestras patrullas no solían adentrarse tanto en La Miseria, prácticamente estábamos fuera del Límite, pero si lo hacían, no se pondrían a peinar la zona en la oscuridad. Hasta los oficiales tenían más seso.

El aire era frío y seco, sin nada de humedad. Raíces de árboles asomaban de las piedras que nos rodeaban. En su día allí se alzaba un bosque milenario, antes de que existiera La Miseria. Ahora sólo quedaban las raíces, secas y grises como huesos viejos. En La Miseria no había agua, y alguna que otra charca de un negro aceitoso no ayudaba a que creciese nada.

—Debo confesar algo —afirmé.

—¿De pronto os habéis vuelto religioso? —refunfuñó Nenn.

—Qué va.

—¿Queríais estar conmigo a solas en la oscuridad?

—Tampoco. —Al rodear una roca, le eché demasiado peso encima y se desmoronó como si fuera tiza. Nada dura en La Miseria—. La corte pagará más de lo que he dicho. No mucho más, pero sí lo bastante para que me diera que pensar.

—¿Mentisteis sobre los honorarios?

—Pues claro. Siempre miento sobre los honorarios.

—Capullo.

—Sí. Pero, como iba diciendo, me dio que pensar, y se me ocurrió que quizá estos objetivos sean más que meros simpatizantes.

—¿Espías?

—No. ¿Y si es una Novia?

—No hay Novias en Valengrado —repuso Nenn, demasiado deprisa para resultar convincente. A medida que descendíamos, el enrejado de raíces de arriba impedía la entrada de luz y aire. Nenn sopló su mecha para mantener el extremo encendido y humeante. La tenue luz hizo que el rostro se le volviera rojo como el de un diablo. El olor a quemado de la mecha lenta resultaba reconfortante en la oscuridad, como humo de leña, pero amargo, acre.

—Les encantaría que pensáramos eso —aduje—. La ciudadela encontró una el año pasado. Una grande, casi tan ancha como una casa. Le prendió fuego al edificio en el que estaba y alegó que sólo había sido un incendio.

Nenn intentó soltar un bufido. No había perdido la costumbre. Sonó raro, sin una nariz de verdad a través de la que expulsar el aire.

—Chorradas. No era más que una puta vieja y gorda que cabreó al funcionario que no debía. Esos gilipollas pierden la chaveta cuando una humilde fulana los rechaza. Quemó el burdel por rencor y luego puso una excusa.

Nenn creía lo que quería creer, y absolutamente nada más.

—En cualquier caso, si hay una Novia ahí abajo, no quiero que se le acerque ningún hombre. Ya sabes lo que podría pasar.

—¿Qué os hace pensar que ellos no se podrían resistir a una Novia y vos sí? —preguntó Nenn.

Bajé la voz. Los sonidos no llegaban muy lejos en las laberínticas paredes del barranco, pero no estaba de más tener cuidado.

—Nada. Sólo confío en que tú no me hagas ni caso y le vueles la cabeza.

—Creía que habíais dicho que no le destrozáramos la cara.

La miré con gravedad, completamente perdido en aquella negrura.

—Si es una Novia, vuélale la puta cabeza, ¿entendido?

—Entendido, capitán Galharrow, señor, volarle la puta cabeza, señor. Aunque sería una puñetera lástima, tanto trabajo para nada.

—Lo sería, sí. Pero mejor que la alternativa. Si están marcados, cobraremos de todas formas.

Resbalé en las piedrecillas sueltas y Nenn me agarró para frenarme. Las piedras rodaron por la estrecha pendiente. Los dos nos quedamos completamente quietos: si aquellos dos seguían ahí abajo, tendríamos que ir con más cuidado. La cháchara nos distraía. Había llegado el momento de cerrar la boca y estar atento. Más adelante había un recodo, y me puse la culata del arcabuz contra el hombro para salvarlo: nada, más barranco. Continuamos avanzando. El humo de la mecha lenta me seguía perezosamente en el aire estancado. Confiaba en que la falta de aire se ocupase de que no fuera por delante y la advirtiera: el olor es inconfundible. Si era una Novia, nuestra mejor oportunidad residía en pillarla por sorpresa.

—Mirad —susurró Nenn—. Luz.

El tenue brillo artificial de la luz de fos a la vuelta del siguiente recodo. Avancé despacio, poniendo los pies en terreno firme con toda la delicadeza de la que es capaz un hombre de mi envergadura. Tendría que haber prestado más atención cuando tomaba clases de baile. Nenn se movía con mayor agilidad, algo en ella me recordaba a los gatos callejeros de la ciudad, puro músculo, tensión y bufidos. Dio la vuelta a la pared rocosa con el arma en ristre.

Yo medio contaba con que abriría fuego, pero se detuvo, y me uní a ella. El barranco se ensanchaba, no mucho, pero quince pies dan la impresión de que es mucho espacio cuando uno está en un lugar en el que apenas se puede mover. Los simpatizantes habían levantado un pequeño campamento. Tenían un montón

de mantas viejas y raídas junto a un poco de leña con la que no habían podido hacer fuego. A un lado se veía una botella vacía. La luz procedía de una pequeña linterna, el fos de la lámpara consumiéndose, la batería casi agotada.

Nuestras presas estaban sentadas con la espalda apoyada en la pared rocosa. Ambas muertas. De eso no cabía la menor duda. Tenían los ojos desorbitados, la boca abierta. Una junto a la otra, sujetándose como un par de títeres espeluznantes listos para pasar a la acción. Viva, habría sido normal y corriente: una mujer de mediana edad con el pelo castaño rizado recogido en una crespina blanca, con patas de gallo en los ojos azules. Muerta, tanto en el rostro como en el vestido se veían manchas con escamas de sangre seca. La sangre le había salido de la nariz, los oídos y la boca. Y el hombre había corrido la misma suerte. Tenía el uniforme manchado con algo peor que polvo y sudor de La Miseria.

En vida no habría mirado dos veces a ninguno de los dos. Muertos, era incapaz de quitarles los ojos de encima.

Mi inquietud iba en aumento, me subía de las tripas al pecho. No tenían ninguna herida visible, sólo un montón de sangre. No había visto nada igual desde hacía mucho tiempo. Las criaturas que hay en La Miseria son despiadadas, pero matan como animales. Y esto era sangriento, pero limpio. Casi como si esos dos se hubieran sentado a esperar que los mataran.

—Algo se los cargó —apuntó Nenn. Tiene un talento fuera de serie para señalar lo que es evidente, mi Nenn.

—¿No me digas? Es posible que siga aquí. —No sabía qué demonios era, pero nos había ahorrado el trabajo. Respiré el humo de la mecha, el olor acre reconfortándome.

—Se fue hace tiempo: la sangre lleva horas seca.

Nenn bajó el arma, se sentó en una piedra grande y miró los cuerpos con una expresión que no solía verse en lo que le quedaba de cara. No sabía en qué estaba pensando. No quería preguntarle. Encontré un pequeño cuévano y revolví lo que había en él. Parte de mí confiaba en encontrar algo que pudiera venderle al mariscal o a las cortes, hacer que el viajecito mereciera un poco

más la pena. No tenían gran cosa: unos tarros de pescado en salazón y unas monedas que no bastaban ni para hacer una apuesta en condiciones. Ni misivas secretas, ni mapas que nos llevaran hasta túneles del enemigo, ni un listado de simpatizantes y espías de Valengrado. Ella era un Talento, una trabajadora de una tejeduría de fos; él, teniente en una unidad de artillería. Fuera cual fuese el motivo por el que abandonaron la humanidad y huyeron a La Miseria, se lo habían llevado a la tumba. Que, yo diría, era donde estábamos nosotros.

Menuda pérdida. Pérdida de mi tiempo, pérdida del dinero con el que la corte me pagaría, pérdida de sus estúpidas vidas. Ni siquiera habían cogido bastante agua para llegar hasta la mitad de La Miseria, desde luego no para cruzarla y llegar hasta el imperio que se extendía más allá. Una pérdida tras otra, tras otra.

Había llegado el momento de hacernos con unas cabezas y salir de donde estábamos.

Me quedé helado al ver algo en la gravilla y en la arena del suelo. Clavé la vista allí unos instantes, incapaz de moverme. Agucé el oído.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué pasa? —Nenn les estaba revisando los bolsillos.

—Tenemos que irnos.

Nenn percibió el miedo en mi voz, y al mirarme, vio la pisada. Una cosa minúscula. No debería habernos aterrorizado como lo hizo. Me miró con los ojos como platos.

—Coge las putas cabezas —musité—. Deprisa. Todo lo deprisa que puedas.

Hay muchas cosas malas en el mundo. Algunas son personas, y otras da la casualidad de que viven en La Miseria. Las peores vienen de más allá de La Miseria, del este, lejos. Sabía que esa pisada como de niño podía ser producto de la casualidad, quizá no fuese más que una marca en la arena, pero podía haberla hecho un Elegido.

Mi respiración se volvió demasiado superficial. El sudor me corría por la nuca. Agucé el oído, en busca del más mínimo so-

nido, y mantuve el arcabuz en ristre. Lo agarraba con fuerza, intentando que los dedos dejaran de temblarme.

—Vamos, vamos —la urgí.

Nenn es muy eficiente y no estaba dispuesta a abandonar nuestro premio, no después de llevar tres días respirando polvo de La Miseria. Sacó la espada y se dispuso a trabajar como si fuese un carnicero. Yo toqueteaba el cañón de mi arma, comprobaba que la mecha pudiera encender la cazoleta de la pólvora. En la quietud del barranco, todo parecía inmóvil. Nenn empezó a rebanar y serrar, los brazos trabajando con ahínco y velocidad. Yo escruté de nuevo el suelo, pero sólo vi esa única huella. La mitad de grande que la de un adulto. Los pies de los dos simpatizantes eran más grandes.

—Date más prisa —la insté.

—Listo —dijo Nenn al mismo tiempo que liberaba a su trofeo de hilos de cartílago colgantes. Se iba a tener que dar un baño—. Siempre pesan más de lo que imagino. —Sostuvo las cabezas en alto para que les echara un vistazo: las dos de una sola pieza.

—No las menees así. Ten algo de respeto.

—No les tengo una mierda de respeto a los simpatizantes —espetó Nenn. Y escupió al cuerpo decapitado del hombre—. ¿Tantas ganas tienen de unirse a los siervos?, ¿creen que ser humano es un problema? Pues si eso es lo que quieren, los trataré de forma inhumana.

—Ya basta. Vámonos.

Envolvimos las cabezas en una de las mantas viejas. La sangre había tenido tiempo de secarse, pero eso no significaba que lo que fuese que se los había cargado hubiera ido lejos. Bajo la armadura, tenía la camisa empapada de sudor.

Retrocedimos sobre nuestros pasos hasta llegar a la entrada del barranco y empezamos a subir con dificultad por las piedras sueltas. La necesidad de ser sigilosos estaba reñida con el deseo de salir de ese sitio, las cabezas dando botes en el improvisado saco que llevaba atado al cinto. Nenn tenía razón, pesaban, pero así

y todo subíamos deprisa por el pedregal y las secas raíces grises. Estuve todo el tiempo volviendo la cabeza, mirando hacia atrás tanto como hacia delante. Tenía el pulso acelerado, las tripas se me empezaban a retorcer. Parte de mí contaba con que cuando saliéramos nos encontrásemos con los cuerpos desmembrados de la unidad. Recordé que la sangre estaba seca: el asesino había hecho su trabajo y se había ido.

Mis temores eran infundados. Mis soldados de pega nos vitorearon cuando salimos, cargando con un saco manchado de rojo.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Tnota. Pasé por alto la pregunta.

—Nos vamos —anuncié—. Ensillad, moved el puto culo. ¡Moveos! Todo el que no haya ensillado dentro de medio minuto se queda.

El buen humor se esfumó. Eran un puñado de pobres diablos, pero percibieron el tono de urgencia. Nenn prácticamente se subió de un salto a la silla. Mis hombres no sabían qué nos había asustado, y tampoco era preciso que lo supieran.

—¿Crees que podemos llegar a un puesto del Límite esta noche? —le pregunté a Tnota.

—Lo veo poco probable. Es difícil trazar un rumbo, y nos hemos adentrado al menos dieciséis millas de las normales. Está empezando a salir la luna roja y desbarata las líneas normales. Necesito una hora para trazar un rumbo bueno, si queréis ir hacia el oeste.

—Tendrá que esperar.

Mantuve mi palabra, metí los pies en los estribos y espoleé a mi caballo para que fuese al galope. Lo fustigué con la rienda, mantuve la vista puesta en el oeste y no aflojé el ritmo hasta perder de vista el Barranco del Polvo. Impuse un ritmo duro, prácticamente hasta reventar los caballos.

—Capitán, o paramos o perderé todas las referencias para determinar nuestra posición —insistió Tnota—. Si nos perdemos aquí, ya sabéis lo que pasará. Tenemos que parar.

Permití de mala gana que los caballos avanzaran al paso, y media milla después me detuve.

—Date prisa —lo insté—. El rumbo más rápido para llegar a casa.

Orientarse en La Miseria nunca es fácil. Sin un buen navegante, uno puede ir en la misma dirección tres días y volver a encontrarse en el punto del que partió. Ése era otro de los motivos por los que no había querido arriesgarme a que Tnota bajase al barranco. Las únicas constantes en La Miseria son las tres lunas: roja, dorada y azul. Demasiado lejanas para que las pueda afectar la magia ponzoñosa que sale de la tierra, supongo.

Fui a orinar contra una roca. Cuando me estaba atando el cordón de los pantalones, la cara interna del antebrazo izquierdo empezó a escocerme. Me abroché el cinto y me dije que eran imaginaciones mías. No. Definitivamente la temperatura estaba subiendo. Tenía el brazo incluso caliente. Maldición. Ése no era ni el momento ni el lugar para que me pasara eso.

Hacía cinco años que no sabía nada de Pata de Cuervo. Una parte de mí se preguntaba si el malnacido se habría olvidado de mí. Puesto que ahora intentaba ponerse en contacto conmigo, me di cuenta de que pensar eso había sido una estupidez. Yo era una de las fichas de su juego. Sólo había estado esperando a que llegara el momento adecuado para moverme.

Fui detrás de una duna y me subí la manga. En mis brazos hay mucha tinta, recuerdos en verde, negro y azul. Una pequeña calavera por cada amigo que había perdido en el Límite. Demasiadas putas calaveras. A esas alturas ya ni me acordaba de a quién representaban muchas de ellas, y de todas formas no eran las calaveras las que empezaban a calentarse. En la cara interior del antebrazo, entre los toscos tatuajes de soldados que lo rodeaban, destacaba un cuervo con intrincados detalles. La tinta chisporroteó y empezó a soltar negro mientras el calor se volvía insoportable. Me saqué el cinto de un tirón y me lo enrosqué en el brazo a modo de torniquete. Experiencias pasadas me decían que me haría falta.

—Vamos —gruñí entre dientes—. Acabemos con esto.

La carne me tiraba hacia arriba mientras algo intentaba escapar de mi piel. El brazo entero empezó a temblarme, y la se-

gunda embestida me dolió más que el calor. Un vapor crepitante salió de la carne al volverse roja; me ardía. Hice una mueca de dolor, apreté los dientes, cerré los ojos mientras la piel se me estiraba hasta el límite, y entonces noté cómo se abría cuando el cuervo, dando un último tirón, salió de mí. Un cuervo es un puto pajarraco. Salió de la carne abierta, viscoso y rojo como un recién nacido, bajó dando saltitos hasta una roca y me miró desde allí con sus ojos negros.

Apreté la mandíbula para aguantar el dolor. No tenía sentido mostrar debilidad. De todas formas, a Pata de Cuervo no le daría ninguna pena.

Incliné la cabeza ante el ave. Los Sin Nombre no son dioses, pero distan tanto de ser mortales que la distinción importa poco, y tanto a los dioses como a los Sin Nombre les gusta vernos de rodillas. No tenía sentido hablar. Pata de Cuervo nunca escuchaba lo que yo tenía que decir. No sabía si me oía a través del pájaro o si tan sólo había venido a decir lo que tenía que decir. El pico del cuervo se abrió y oí su voz, un gruñido de grava y flema. Era como si se hubiese fumado un tazón de hoja blanca cada día desde que empezó la guerra.

—GALHARROW —me chilló furioso—. VE AL PUESTO DOCE. ASEGÚRATE DE QUE ELLA SOBREVIVA. NO LA CAGUES.

El pegajoso cuervo rojo ladeó la cabeza y después miró al suelo, como si fuera un pájaro normal y corriente que buscara lombrices. Quizá después de transmitir su mensaje fuera eso precisamente lo que hacía. Momentos después se puso rígido, sus ojos llamearon, del pico le salió una bocanada de humo y el ave cayó al suelo, muerta. Me limpié la sangre del antebrazo. La herida ya no estaba, pero el dolor persistía. El tatuaje del cuervo volvía a estar en su sitio, desvaído en la piel como la tinta de un anciano. El pájaro volvería a estar perfectamente definido con el tiempo.

—Cambio de planes —anuncié cuando me reuní con los míos—. Vamos al Puesto Doce.

Recibí algunas miradas perplejas, pero nadie cuestionó mi decisión. Y menos mal. Hacer valer el grado es mucho más difícil cuando uno no tiene la menor idea de por qué lo está haciendo.

Tnota miró las lunas. La fría y azul Clada se había hundido en el horizonte. Las vivas grietas broncíneas cortaban el cielo en pedazos descoloridos. Tnota se lamió un dedo, comprobó de dónde soplaba el viento y a continuación se arrodilló y pasó los dedos por la arenilla.

—El Doce no es el puesto más cercano, capitán. No llegaremos antes de que anochezca —informó—. Podemos salir de La Miseria y después dirigirnos hacia el sur por el camino de abastecimiento.

—¿Es la ruta más rápida?

—La más rápida es la directa. Pero, como os digo, no habremos salido de La Miseria cuando anochezca.

—La ruta más rápida, Tnota. Te ganarás un extra si tengo una cerveza en mi mano antes de que se vaya la luz.

Tnota sonrió. Lo conseguiríamos.